

EDITORIAL

AHÍ ESTAMOS

Estrictamente hablando, siempre son nuevos tiempos. Todos los días se renueva el escenario, aunque muchas veces no se perciba con claridad. El tiempo se ha discutido mucho y matemáticamente no depende de nada y se considera una flecha que apunta al futuro, aunque en el marco relativista depende de la gravedad y del espacio, es decir, de la curvatura. Al final es una variable, tanto dependiente como independiente. Cuando es la primera, representa a una cantidad cuyo valor depende de cómo se modifica la variable independiente y cuando se comporta como la segunda, es una variable que representa una cantidad que se modifica en un suceso.

Al margen de esta intimidad, la flecha del tiempo a nivel humano, comienza cada día. Desde una posición humanista, el primer objetivo tiene que ser mantener la integridad, la estabilidad y la belleza de nuestro entorno, para que el enunciado individual, integrado colectivamente, pueda abarcar al planeta Tierra. Así, garantizamos que el futuro no es peor que el presente, medioambientalmente hablando, que es la primera premisa para poder conjeturar que nuestros descendientes disfruten de, al menos, las mismas opciones que tuvimos nosotros.

Pero, además de esto, la Humanidad, desde tiempo inmemorial se afana en el descubrimiento. Lograr mejorar el entorno, facilitar el acceso a los recursos necesarios para vivir, lograr vivir mejor, más cómodamente, ser más felices en suma, es el objetivo global de todo ser humano, a poco que razone sobre sus posibilidades potenciales. Y, por encima de todo, una irrefrenable vocación de descubrir cómo se comporta la Naturaleza, para imitar su conducta y la forma en que resuelve los problemas, cosa en la que su parsimonia y largo tiempo de acción, ha permitido una evolución que exhibe eficacia para resolver problemas.

Siempre ha sido cautivador para las personas descubrir como desarrollan sus funciones, en último término, cómo funciona el cerebro, cómo coordinador de toda la fisiología que subyace en nuestros actos. Ya hay constancia de ello en las narraciones del propio Homero que introduce formas antropomórficas para asistir a Dioses y Titanes. Muchas otras referencias a lo largo de la Edad Media, jalonan el tiempo ilustrando la pretensión de lograr una emulación humana, concretada en un artefacto artificial. La irrupción de los ordenadores en torno a la mitad del siglo XX impulsó la conjetura, ahora con más versatilidad y potencialidad para

lograr el éxito. Lo intrincado del tema y lo complejo que resulta descubrir cómo funciona nuestro cerebro, está dilatando el momento en el que pueda ser realidad plena la denominada Inteligencia Artificial emulando funciones humanas.

Pero ya estamos más cerca, tecnológicamente, de un nuevo tiempo en el que tendremos que coexistir con elementos artificiales, también a nuestra escala. No es una extravagancia considerarlo. Desde hace tiempo percibimos que no necesariamente los ritmos se mantienen en el nivel al que estamos acostumbrados o que ya vivimos en nuestra vida pasada. La escala de tiempo no es la misma siempre sino que se acorta, como ocurre con el tiempo relativista, cuando avanzamos y las cosas transcurren a otras velocidades, cada vez mayores. Estar dispuesto para asimilar las formas y modos en los que nos impulsa el entorno es primordial, como forma de evitar ser arrollados o arrastrados por circunstancias que no podemos ni sabemos controlar. Es una inconsciencia inconveniente que ocurra tal circunstancia.

Como siempre, una vez más, la Educación juega el papel determinante.

No se está revelando de mucho interés que enfrentemos una situación medioambiental y que las decisiones se tomen por personas que, pese a poder haber disfrutado de "*educación de calidad*", tengan lagunas, como nunca haberse educado en cómo concebir y tratar a la Naturaleza, lo que justifica su falta de sensibilidad a la consideración de la importancia ética de la Tierra, la biodiversidad y las posiciones biocéntricas, habiendo quedado anclados en la periclitada posición antropocéntrica en la que el único valor moral lo detentan las personas y la Tierra y sus elementos vivos o no, forman parte de un universo instrumental y relegado a las personas.

Ahora nos enfrentamos con una opción de calado, comparable al nuestro y no podemos despachar la circunstancia simplemente aceptando lo que la industria, el comercio o las fuerzas económicas decidan orientar. La Masonería tiene la obligación ética de suscitar que sus miembros sean faros guía, capaces de orientar los nuevos tiempos para que la Humanidad pueda ser más feliz, ponderada y capaz de crear un entorno sostenible en el que las personas sigan jugando el papel que les corresponde. ¡Es de ley hacerlo!

Alberto Requena R., 33^o
Director Zenit

